

COMUNICADO.

Por el correo interior hemos recibido ayer el que á continuación insertamos.

Sr. Director de EL ATLANTICO.

Muy señor mio: Si la prensa ha de ser digna de la calificación que se le ha dado de cuarto poder,—que es una cantidad de poder bien insignificante, pues no pasa de cuatro maravédises,—torzoso es que tenga el suficiente para dar solución á problemas tan difíciles como el que á mí me tiene meditando y perpleja; y si de mano de usted no pudiera venir mi remedio, publique los mal pergeñados renglones que en incorrecta formación le envío, por si hallo entre sus lectores quién tome parte en mis desgracias y me ayude á hacer una de *populo barbaro*.

Mucho he vacilado antes de dirigirme á usted; porque aparte del rubor natural y del artificial que en mi sexo son de costumbre, me detenía para dar á luz mis asuntos el temor de ver éste comunicado inserto entre el de los vandereros de alguna calle y el de tal ó cual carbonero ó tratante en arena al por mayor.

Ya se vé! Se ha hecho todo el mundo tan comunicante ó tan comunicativo, y hay tal manía de contar á las gentes las contrariedades más pequeñas de la vida, y hasta las más caseras, y de armar camorras literarias ó cachetinas epistolares en medio de la calle, para solaz y regocijo de los desocupados, que no está una segura de verse metida entre Cibdadreales de callejuela.

Pero confío en que usted será galante y publicará mi carta en buena compañía, y si no puede procurarme la de algún hombre serio á quién le ocurra volcar en ese periódico el saco de sus contratiempos, esperando que se los remedien por plebiscito, saqueine al mundo sola, que vale más que mal acompañada, y se lo agradecerá en el alma está su atenta y segura servidora q. s. m. b.

MARIQUITA.

Me llamo María; soy relativamente bella y relativamente joven.

Mi casa es verdaderamente mi nido. No paro en ella más que para dormir. Mi madre ha oído decir que hoy las chicas sin dote tienen difícil salida, y con el miedo de que yo me vaya á quedar dentro, me tiene siempre fuera. Soy una doncella ambulante en liquidación.

Si al salir á la calle les preguntan á ustedes dónde van, pueden contestar que á ver á María; y á cualquier parte que vayan, es seguro.

Muchos forasteros han tardado en convenirse de que yo era una mujer sola. Creían que había una docena idénticas, como los soldados de plomo, y que por cuenta del municipio soltaban una en cada barrio á las ocho de la mañana para animar la población y las recogían todas desde las diez de la noche hasta que acababan los espectáculos públicos y las tertulias de botijo con media tostada.

Dicen que la vida política es muy agitada. A mamá, la que llevamos la prueba bien. Está cortada para mamá política.

Con esta tragedia, figúrense ustedes si habrá tenido novios. No ha habido recién venido que no me haya consagrado sus obsequios algunos días. Puede decirse que en materia de amor he cobrado los derechos de puertas.

Y á pesar de eso, aquí me tienen ustedes con mi solterez á cuestras; porque hoy una soltera pobre es como una estación sin fondo. En parando el tren más de cinco minutos, ya están los viajeros deseando largarse.

Mamá y yo, sin embargo, esperábamos incansables. Era imposible que la providencia no premiasse en las solteras *rocnagnoladas* los años de servicio con la cruz del matrimonio, como premia el Estado á los militares con la de San Hermenegildo.

Ya estaba propuesta, es decir, pedida. Mi única angustia era la elección, porque tenía tres aspirantes á mi mano, que ni buscados con un candil.

El más joven es escritor de esos que llaman ahora naturalistas, porque todo lo toman y lo escriben al natural. Es su vocación, y bien se le conoce; tiene el aspecto independiente y bravo del hombre de la naturaleza; barba libre y cabellos en desorden que aun no ha hollado el peine de ningún mortal.

Y que estudioso es! No hay preso que no visite ni cafetín ni taberna á que no asista para sorprender y analizar escenas y tipos naturales. Eso sí, algunas veces le sucede lo que la otra noche, que por querer profundizar demasiado en el estudio de un grupo del género *chulo* más buscado y apetecido por

los literatos de su escuela salió de una tasca de esas á galope tendido, con el sombrero apabullado, un botellazo en la frente y un ojo fuera de madre, que por espacio de quince días le estuvo dando sombra á la nariz, y le llevaron los agentes de orden público á la perrera por promovedor de escándalos.

Pero lo que él dice; más aprendió en esos dos museos en diez horas que leyendo todas las novelas de Zola.

Ahora está escribiendo un drama destinado á producir mucho ruido. En el primer acto pasa la escena en una taberna; el segundo en las alcantarillas de Madrid, y el tercero en presidio.—Se ha visto obligado á suprimir el cuarto, que pasaba en el patíbulo, porque teme no encontrar un actor que se deje ahorcar de veras ó que por lo menos haya sido ahorcado alguna vez y sepa dar á la situación final toda la naturalidad apetecible.

El segundo es un aristócrata rural, que posee en lo más escondido de la montaña, un gran escudo de piedra habilitado para vivienda, merced á una puerta y dos ventanas mezuquinas que le rodean. El terreno que la cerca, cuando los años son buenos, produce muestras de variados y ricos frutos, tales como el maíz, la patata, la berza arborea ó maderable, la nuez, la castaña y otros no menos estimados.

Allá se va á pasar los veranos, y nunca vuelve sin un pleito-nuevo por cuestión de ofensas á su dignidad y decoro ó delimitación de fronteras de su finca.

Sería un hombre casi feliz y casi adorable si no le alteraran la bilis los días en que no le quitan veinte veces el sombrero.

El otro es un indiano. Allá en sus inocencias lo enviaron á América recomendado al portero de una compañía comercial, y tal plugo á los jefes el despejo y la gracia natural del muchacho, que enseguida le encomendaron el arreglo de las bases de la Sociedad, y durante tres años limpió todos los días veinticinco pares de botas, algunas de montar.

Tomó vuelo, y comerciando unas veces en cerros y otras en carnes, reunió el suficiente caudal para volverse á su país.

Es hombre que ha viajado bastante, y en seguida se le conoce por el baul, que está lleno de etiquetas.

Como en sus primeros pasos hizo lo mismo que la Academia—que limpia, fija y da esplendor—y aprendió concienzudamente á darse lustre, y como además empieza á ser viejo, se ha declarado sabio por antigüedad, entiende de todo y es crítico admirable en toda clase de conocimientos divinos y humanos.

Y no es por lo mucho que ha leído; antes al contrario, en cuanto le ponen un libro delante le entra un sueño tan profundo que no hay medio de despertarle si no es dejando caer una moneda al suelo, cuyo sonido le levanta sobresaltado, creyendo que en su bolsillo cunde el principio de emancipación del dinero.

Es modelo de urbanidad y cortesía. Para él las fórmulas de la salutación son tan sagradas como las de una proposición de su basta, y antes le matan que suprimir ni variar una coma, y no falta al entierro de un amigo aunque se hunda el mundo.

Pues bien, señores; con tan buenas proporciones, me voy á quedar para vestir imágenes por culpa de un señor *Neapolis*, que desde las columnas de EL ATLANTICO ha lanzado al mundo célibe masculino un jarro de agua del tiempo; y mis tres apasionados andan todo el día con el papel en la mano, que ya se lo saben de memoria.

Presiento un triste fin á mis ilusiones, y estoy que trino. No hay justicia en la tierra, ni aquí, en Santander, autoridades, porque si las hubiera, ó cumplieran con su deber, no dejarían andar suelto á un hombre tan peligroso.

Ha llegado el momento de tomar una resolución. Ante tales cosas no es posible responder del orden público ni del equilibrio europeo.

¡Qué les parecerá á ustedes una manifestación de solteras, con pendones y música, para exigir á ese *Neapolis* una retractación en forma, y si se opone, ó aunque no se oponga, arrancarle las barbas con el mayor orden.

Por de pronto conste que es un infame insolente y deslenguado, difamador del bello sexo y corruptor del fío, que propaga teorías atentatorias al orden social y á la familia, y en fin, que le odio y le desco... hasta suegra.

¡Gracias á Dios que me desahogué! ¡Bien haya el que inventó los comunicados y los

remitidos! ¿Qué sería de los espíritus exaltados y vehementes sin esas válvulas de la vanidad ofendida y del despecho impotente. EME.

VENENOS Y ANTIDOTOS.

CONTRA GULA, TEMPLANZA.

Es indudable: la humanidad se sienta llena de avidez al banquete de la vida. Sus instintos la inducen á la posesión de los goces materiales.

Es un Epicureo práctico... de los pertenecientes á la segunda rama; porque al fundador de la verdadera doctrina se le ha injuriado lastimosamente.

Epicuro hacía consistir el supremo bien en el placer y el supremo mal en el dolor: era, por tanto, el alto fin de su filosofía el completo bienestar; pero le hacía depender del ejercicio de la virtud.

Por eso en los amenos jardines que construyó en Atenas, para establecer cómodamente su escuela teórico-práctica, los Sibaritas se encontraban con un triste desengaño.

En el frontispicio se leía: «Aquí el placer es el supremo bien»; pero á los visitantes se les obsequiaba solo con agua y pan.

El propietario había días que apenas gastaba en su comida un *as* de la moneda de entonces, como quién dice un perro chico.

Esta continencia no es conciliable con el pecado capital que sirve de epígrafe á este artículo.

Es necesario buscar otro Sacerdote de la Gula, y nadie podrá disputar esta preeminencia al famoso Heliofáballo.

Hé aquí la verdadera personificación de los vicios: en cuanto al contraste, que se refiere á los placeres de la mesa, contra el *as* de Epicuro se presentan los cien mil sextercios, y á veces el triple, que aquel morigerado ciudadano gastaba en cada una de sus comidas.

A esta concupiscencia agregaba otras sobre las que es necesario pasar como quién anda sobre ascuas, y para las que no me atrevo á hacer un artículo aparte.

Pero á fin de que no quede incompleta la serie de los que me propongo escribir, diré á la ligera que el tercero de los pecados capitales, al que Heliofáballo se entregaba bajo todas formas, ha sido considerado por los moralistas y por los escritores sagrados como el más vituperable y más peligroso para la sociedad.

Tertuliano asentaba que todos los vicios restantes estaban, por decirlo así, á su merced y por él sostenidos.

San Pablo le apellidaba idolatría.

Y en cuanto á lo que merece la justicia de Dios, basta recordar los ejemplos de Sodoma y Gomorra.

Pero volviendo á Epicuro, su manera de obrar, en lo concerniente á la Gula, está muy lejos de ser del gusto de los actuales hombres de Estado y de otras muchas gentes que le quieren imitar.

Hoy para cada acontecimiento hay una comida.

Da á la luz un escritor insigne una obra de ingenio, cuyo esmerado trabajo revela un cerebro libre de los vapores del estómago ahito; pues es necesario festejarle con una comida que le ponga en ocasión de contraer un cólico.

Encuentran una fórmula de conciliación dos fracciones políticas, que se han dividido en algo de lo *sustancial de los principios*; y por concomitancia, sin duda, es necesario saborearla entre dos platos y afirmarla al calor de las viandas, cargadas de especias, y al bullicioso hervor del pintoresco Champagne.

Es verdad que todo ello suele ser al fin nada entre dos platos.

Se me olvidaba otra costumbre actual, que ha tomado carácter de monomanía, y que no contribuye poco á agravar los excesos de la mesa.

El prurito de los brindis.

No hay ciudadano al uso que no se crea en condiciones de soltar un *toast*, y

á veces *speaking*; que también es necesario bautizarlos á la inglesa.

Esta es una costumbre muy perniciosa: en primer lugar para el hablador, que hace un consumo de jugos que le serían para la digestión muy provechosos, y singularmente para los que tienen que escucharle; porque no hay comida que no se indigeste después de ciertos brindis.

Hay que convencerse: en la civilización á la orden del día el estómago es el niño mimado de la sociedad.

Esta idolatría tiene el inconveniente contra el que se ha prevenido siempre al que se acuesta con niños.

Y no es este el mayor, sino el cortejo valetudinario de las gastralgias y las pirosis y los borborigmos que acompañan á los excesos frecuentes de la mesa.

Contra este padecer puede aplicarse la reflexión consoladora con que, respecto al dolor en general, animaba Epicuro á sus adeptos.

«Estad seguros, les decía, que cuanto más violento sea vuestro mal, será más corto; y que si es largo, concluiréis por encontrarle fácil de soportar.»

Filosófica reflexión que hizo claudicar á Epicuro, llevándole á sentarse bajo el pórtico en que Zenón explicaba el estoicismo.

Pero que bajo todos aspectos me parece peligrosa para los glotonos, porque puede alentarlos á seguir su inclinación, sin que les sea dado graduar de antemano el cólico que les puede acometer, desde el libre de toda traba hasta el *cólico miserere*.

Y qué situación tan poco respetuosa la de un enfermo de hartazgo, en quien el cólico se vuelve cólica; y qué alteración en el semblante y qué contorsiones tan estrepitosas, y qué movimientos convulsivos para echar al enemigo de la plaza!

Lo mejor es no dejarle apoderarse de ella.

La vigilancia para este fin no consiste más que en la moderación.

El uso prudente de los manjares trae consigo la salud y la facultad de poder disfrutar repetidamente del placer de la mesa, el que en ella le encuentre; la tranquilidad del cuerpo y la tranquilidad del espíritu; que por algo corre muy válido el apotegma latino, que cualquiera puede traducir: *mens sana in corpore sano*.

Y sobre todo, que contra el vicio de la Gula se ha puesto en frente la virtud de la Templanza; y tal importancia tiene que es una de las Cuatro Cardinales.

TADEO NOE LUFF.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA,

SOBRE

EL TECNICISMO MATRIMONIAL,

COLECCIONADAS

POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE

CLASE PRIMERA.

II.

A la anterior carta de Pepe respondió Antonio con esta otra:

MI QUERIDO PEPE:

No creía que, en contestación á la media docena de palabras que te telegrafé, me echaras la andanada que me has largado y que me dejó todo lo estropeado que quieras figurarte. Si ésto desahogó tu bilis, lo doy por bien empleado, aunque no lo reciba con los estrepitosos aplausos con que lo habrán acogido los amigos de café; todos ellos solterones recalcitrantes, y los cuales no dudo que te habrán suministrado parte de los ladrillazos que sobre mi tejado arrojaste en forma de investivas; pero, amigo, tú y los tuyos habéis olvidado que la cubierta que defiende mis propósitos es sólida y resistente asaz los puñados de arcilla que airadamente sobre ella arrojásteis;

Ya sabes que por cuestión de la herencia de un tío me establecí hace un año aquí, en este pueblo de Andalucía, donde tengo algunos parientes, entre ellos otro tío, que es alcalde constitucional, obligándome este cambio de residencia, que antes tenía en esa villa, á variar completamente de vida, porque aquí las relaciones de familia, las etiquetas del pueblo, y la falta de centros de reunión, me han sacado del retraimiento en que vivía en Madrid.

Comprenderás por lo dicho que hago visitas, como cualquier otro vecino, á pesar de mi aversión á hacerlas y de mi genio de ermitaño, habiéndome convenido, al frecuentar la sociedad, que sus alicientes compensan sus desventajas, y sobre todo, he visto que hay familias como la de una prima de mi madre, cuyo trato aménisimo satisface los deseos íntimos del alma, porque el hombre es un sér muy sociable, aunque lo contrario sostengas y yo lo haya también combatido.

Esa parienta mia tiene dos hijas preciosas, buenas y discretas. Son el vivo retrato de su madre, que fué un día una esposa modelo, como es ahora una viuda ejemplar. En su casa hay un orden perfecto; cada cosa está en su sitio; los muebles son de una sencillez primorosa y de un gusto exquisito; nada falta ni sobra allí, y en todo se adivina el cuidado, el esmero y la compostura de una mujer que sabe gobernar una casa.

Al contemplar á esta hermosa madre rodeada de sus lindísimas hijas, destacándose sobre el follaje de un frondoso jardín, y bajo el trasparente cielo azul de Andalucía, siento no saber pintar para hacer un cuadro que sorprendería por la belleza de su conjunto; pero si no sé pintarlo ni describirlo, sé admirarlo; y muy necio había de ser si después continuara sosteniendo que las mujeres todas son aborrecibles y que el matrimonio es la abominación de las abominaciones.

Tales afirmaciones son absurdas, como es falso todo lo que absolutamente se afirma ó niega; y si á esto añades que convence el ejemplo más que la teoría, no extrañarás que cuente con impaciencia los días que faltan para enlazarme con la mayor de las dos hermanas.

La historia de mis relaciones con ella es muy sencilla: se cuenta en dos renglones. La ví, y su hermosura agradó á mis ojos, su bondad conquistó mi corazón, y sus virtudes cautivaron mi alma. Esto fué todo; y no hice el oso, ni hubo vistas, ni habrá más que una amonestación ó proclama, por dispensa de las otras dos; y ni aunque hubiera tres no serían oportunas las gracias que sobre el particular te ocurren.

Las amonestaciones son advertencias que en las parroquias se hacen á los fieles para que éstos participen á los párrocos si las personas que se casan tienen algún impedimento de afinidad, consanguinidad ó de pública deshonestidad; refiriéndose, por lo tanto, á la vida pasada de los contrayentes, es claro que más coge la amonestación al soltero que al casado; pero si á letra te agarras y á ella te aferras, habrás de concederme que quién se casa después de ser amonestado se pone en cura, mientras que el soltero lo que menos piensa es en procurar el remedio de su mal.

Aquí debo decirte, en confianza, que es indiscutible la brillantez que atribuyes á tu estado civil, haciéndole derivar del mismo sol,—no te contentas con menos;—pero si tan radiante es el principio de un solterón, los fines son más turbios; que eso de *té y ron*, es té con gotas, y huele á epidemia. En fin, allá te las avengas si te engries con el mismo abelengo que la soltería.

Tus investivas, pues, y tus investivas contra el matrimonio no me han convencido. Te escapas por la tangente, ó te vas por los cerros de Ubeda, como suelen

decirse, y en cuanto á los testigos que alegas, son recusables, á excepción de uno solo.

Te confieso ingenuamente que las palabras de San Pablo que citas en tu carta me han hecho impresión. Molestado por la claridad de la doctrina que encierran; fuí á visitar á un sacerdote amigo mio, hombre de buen consejo, y le expuse las dudas que me asaltaban sobre la veracidad de tus citas anti-casamenteras.

Mi amigo el señor cura me dijo que eran exactas, con lo que me quedé aturdimiento; más recobré luego mi tranquilidad al oírle decir que las citas hechas á trozos carecen de autoridad, y que son maliciosas cuando no se explican cómo, dónde y por qué se han dicho, ó si se callan antecedentes y consecuencias que quitan su crudeza. Con esta mala fé, añadió mi amigo el cura, de citar determinados párrafos de un conjunto armónico, se pueden sacar herejías hasta de libros muy ortodoxos. En la misma oración del Credo, empezándola por Poncio Pilatos, se dice, con manifiesta torpeza, que éste mal hombre fué crucificado, y es quién ha de juzgar á los vivos y á los muertos.

Este es el vicio de que adolecen tus recusados conceptos.

San Pablo, en los versículos 8, 27 y 40 del capítulo VIII de su primera epístola á los Corintios, es ciertísimo que aconseja á los solteros que no tomen mujer y que imiten su ejemplo de no cambiar de estado; pero antes, en el versículo 9 de igual capítulo, advierte que si no tienen virtud se casen, «que más vale casarse que abrazarse.» En otra de sus cartas, dirigida á los Hebréos, capítulo VIII, versículo 4, dice: «que es honroso á todos el matrimonio», y en la primera de las epístolas que escribió á Timoteo, cap. VI, versículos 13 y 14, recomienda á las viudas jóvenes «que se casen, crien hijos y gobiernen sus casas, para no dar pábulo á malicias, ni acostumbrense á andar de casa en casa, no solo ociosas, sino también habladoras y curiosas, diciendo lo que no importa.»

Resulta, por consiguiente, que San Pablo no es adversario del matrimonio, como tú aparentas creer; lo que considera mejor es la virtud de la castidad, tan propia de los santos y tan digna de encomiar por su excelencia.

Si tú fueras un soltero como aquel ilustre apóstol no negaría que tu estado es infinitamente superior al que me inclino, respetando tu heroica resolución; pero me consta que estás lejos de ser casto y santo, y como sé que te resistes á entrar por el aro para continuar viviendo con escándalo de los buenos, te digo que citas de memoria escritos que no entiendes, y que predicas una moral que no piensas practicar.

No tienes que apurarte en protextar enérgicamente que tú jamás serás uno de tantos predestinados á marido, cuando se adivina á tiro de ballesta que tu aversión á ser *ganado*,—recuerda que me echaste el toro en tu carta,—encubre la intención de ser uno de tantos *perdididos*; pero si eso ha de llevarte á hacer de tu capa un sayo y de tu voluntad una ley, á nadie lograrás convencer que ese derecho tan torcido está inspirado en santas enseñanzas. Todos sabemos que no es doctrina de San Pablo, sino de un Pepe que quiere vivir hecho un idem.

Otra sutileza que resulta contraproducente es la descabellada analogía que encuentras entre *rascar* y *casar*, ó mejor dicho, no es descabellada, pues la tragiste por los *caballos* para citar al santo Job, varon pacientísimo, que no debe olvidarse en una cuestión matrimonial, tan picante de suyo. Yo, con igual fundamento que tú, puedo decir que *casar* y *sacar* son palabras con las mismas letras, y estaré más en lo cierto porque el matrimonio es una unión sagrada, un enlace bendito, y es, en fin, un sacramento, palabra que significa acción ó señal divina.

Diós vió que Adán no estaba bien solo en la tierra, y completó la obra de la creación formando á la mujer, la que unió después al hombre con el estrecho vínculo matrimonial, lazo de bendición que desde entonces trae la dicha pura, inmensa y excelsa del amor sin remordimientos.

La armonía ha de buscarse en la unión de los seres y de las cosas; no en la separación de unos y otras. Un sonido único, un color aislado, una palabra sola producen una monotonía insostenible al oído, á la vista ó al pensamiento, por bella que sea cualquiera de esas cosas; pero si se combinan bien los sonidos, los colores ó las palabras, se obtendrán cánticos, pinturas, versos que encantarán cuantas veces se oigan ó se vean.

Así sucede también que el beso amoroso que el sol da con sus rayos á la tierra hace brotar del seno de ésta nubes, flores, árboles y hierbas, que forman una multitud de panoramas hermosísimos, una infinidad de paisajes indescriptibles, y un conjunto de maravillas asombrosas, cuya armoniosa variedad contrasta con la aridez de esos desiertos donde los rayos del sol hieren sin amor las amarillentas arenas, y no nace en ellas ninguna flor que alegre su inmensidad.

En la conciencia universal es tan íntimo el convencimiento de que la unión la representa perfectamente el matrimonio, de que toda combinación que resulta bella dícese para ponderarla *que casa bien*; de manera que el matrimonio es el prototipo de la belleza en la unión; y puesto que la unión es la fuente inagotable de lo bello y de lo sublime, queda demostrado que el casamiento es cosa excelente, á juzgar por su tecnicismo propio. Esta demostración es simplísima, se afirma sin retóricas ni argucias, y aventaja en naturalidad á las artificiosas interpretaciones que has hecho de las palabras de matrimonio, coleccionadas por tí con una paciencia de benedictino, sin olvidar ninguna, que si más hubiera no limitaría la colección á las pocas que con tanta fruición has ido triturando sañudamente.

Apurando aún tu magín, te queda la salida de negar que el casamiento sea una cosa que case bien, porque en cien matrimonios hay ciento cincuenta malos.... casados,—añadirás con tu peculiar picardía,—veinticuatro muy medianos; veintidós medianejos; dos así, así; otros dos así y asado, y ninguno bueno, conforme se desprende de auténticas estadísticas del doctor tal ó cual, citado en la gacetilla de un periódico ó en un almanaque de chistes.

De ser cierto eso de que no casan bien ningún hombre ni mujer alguna, tendrías razón en que no puede haber unión perfecta en el matrimonio; y sin ella desaparece la armonía, y se viene á tierra la base de mis argumentos: Por fortuna no es exacto que haya pocos matrimonios buenos; precisamente sucede todo lo contrario. Si juzgas aventurada esta idea, recuerda que tus padres fueron dichosos en su estado, como lo fueron los míos y como lo son los de todos nuestros amigos. Tu estadística es falsa; si quieres convencerte más de ello, cita personas, y no cifras ambiguas, delante de cualquiera, y si sales con las narices ilesas, las costillas sanas y el hueso palomo intacto, ya puedes creer en los milagros.

Examina, en cambio, qué conclusiones tienen las uniones no santas, y verás que acaban las más de las veces con lágrimas de abandono, vergüenza y de arrepentimiento, y que, en otras ocasiones, á ellas se deben lastimosos suicidios ó el crimen del infanticidio, que repugna hasta á las fieras.

Para evitar estas tragedias, que son las sombras del amor de los seres humanos; se ha establecido un lazo de bendición, que es el

Matrimonio acto vital
Ideado en el Eden,
Para que no acaben mal
Amores que empiezan bien.

Ya ves, amigo Pepe, que estoy para coplas; debiendo declararte, en descargo de mi conciencia, que compuse la anterior con las circunstancias agravantes de premeditación, alevosía, ensañamiento y nocturnidad,—que de noche la saqué de mi cabeza,—parodiando otra ingeniosa que intercalaste en ilustración de tu texto. Este crimen mio de coplero, con todas las agravantes de la ley, es tan grave, que es por sí suficiente, sin necesidad de acumularme otros, para que me casen irremisiblemente é inexorablemente, porque ni siquiera soy digno de que me comuten esta enorme pena con la inmediata inferior, que es la de que me ahorquen

llevándome al patíbulo con campanilla delante y teatinos detrás, como dice Quevedo.

Reconozco mi pecado, que si me ganas á gracioso no á justiciero. En cada uno de los renglones de tu epístola retoza el chiste; pero te excedes á tí mismo en gracia al hablar de las desdichas de un hombre antes del matrimonio, en el acto del casamiento y después de casado, como si toda tu vida lo hubieras sido, ó cual si fueras un insigne profesor en gramática matrimonial, con grado de doctor en fisiología casamentera y título de saca-maridos privilegiado, cuando estamos hartos de saber los que te tratamos que esa gramática la conoces solo por el forro ó en una edición falsificada.

Tú no darías crédito alguno—y harías bien—á una persona que te hablara por cuenta propia de países que jamás visitó, ó con referencia á viajeros de dudosa formalidad; pues yo tampoco puedo tener por buenos los consejos de un hombre que discurre con notoria parcialidad, con gran inexactitud y con un desconocimiento completo del matrimonio.

Los atendería, sin embargo, si tú fueras uno de esos individuos que frecuentan la sociedad, que estudian sus costumbres y que analizan sus defectos seria, asidua y concienzudamente; pero tu experiencia en asuntos sociales es menor aún que la mía, por la oscura vida que traes y las escasas relaciones que tienes. A no ser que hayas mudado de bisieto de ayer á hoy, seguirás hecho un hurón, sin tener otro trato que el de unos viejos solterones que ni á sí mismos se pueden aguantar, y extraviado por sus diatribas creerás que el marido de sainete es un tipo acabadísimo del casado, ó á lo sumo, considerarás que lo es el remendón de la buhardilla que apaléa á su mujer siempre que se emborracha.

En conclusión, amigo Pepe, es nula tu autoridad para hablar doctoralmente del matrimonio; son falsas y contraproducentes las citas que has tergiversado; y como pesa poco el significado de unas pocas palabras correspondientes al acto de matrimonio, no vuelvo mi palabra de casamiento. Insisto en casarme y *me casaré*. Con este futuro, comprenderás que mi enlace no se efectuó el domingo que te señalé en mi telegrama; lo estorbó una indisposición de la mamá de mi futura esposa.

A Diós gracias, fué leve esta enfermedad, y hubiera podido celebrarse ya mi enlace; pero lo hemos aplazado quince días más con objeto de que la emoción que naturalmente ha de experimentar en ese solemne día la buena señora no altere su salud, tan preciosa para todos nosotros.

Este aplazamiento te permitirá venir á mi boda, debiendo advertirte que no admito excusas de ninguna clase ni pretextos, por plausibles que sean, inclusive la de la conmiseración hacia mi locura. Si vienes, agradecido á tu amabilidad, procuraré que los guardias de consumos hagan la vista gorda sobre el bulto de tu soltería, dejándole pasar libre de derechos.

Has de saber, Pepe, que aquí, en función de desagravios á los maridos, hemos dispuesto que los bueyes sueltos paguen la correspondiente contribución, no en concepto de ganadería, y sí con arreglo al párrafo cuarto del art. 129 de la ley municipal vigente. Por si á mano no tienes esta ley, te ahorraré la molestia de buscarla, recordando que en aquel párrafo se autoriza á los Ayuntamientos para crear arbitrios sobre los artículos de comer, beber y *arder*.

En su consecuencia, nada más justo ni equitativo que los solterones contumaces, impenitentes y recalcitrantes, paguéis como material combustible que sois. San Pablo ha dicho que mejor es casarse que abrasarse; luego es indudable que los que no queréis entrar en la gran cofradía de los cofrades estáis ardiendo, defraudando así á la hacienda municipal.

Nuestro ejemplo es probable que lo sigan en breve los demás ayuntamientos de España, y unidos así todos los casados en apretada haz y en conveniente y legal concierto os haremos pagar cara vuestra soltería, ó vuestro empeño en ladrar á la luna, porque al fin y al cabo habéis de caer ante una mujer, como to-

do bicho viviente que lleva pantalones al descubierto.

Conque no seas bolonio,
Tu aversión pasó de moda;
Te espero, pues, á mi boda,
que sinó se enfada

ANTONIO.

Esta carta la leyó Pepe con tanta sorpresa que se le cayó de las manos, exhaló un suspiro y exclamó con profundo pesar:

—¡Sin duda los cielos han decretado la pérdida del pobre Antonio!

«¡Quos Deus vult perdere prius dementat!»
(Se continuará)

ANTIGUEDADES.

Sr. Director de «EL ATLANTICO».

Mi estimado amigo: Así como á César, entre los cuidados de la guerra Gálica, no le faltaba medio de escribir por la noche lo que por el día obraba, así, en medio de otra guerra para mi genio más enojosa, diré á usted que esta tarde quise distraer mis cuidados, acometiendo la hazaña de ver y palpar (¡oh! y esto de *trop prés*) la construcción subterránea empezada á descubrir en el lado O. del castillo de San Martín, y sospechada de romana por la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos. No hallaba esta, y no le hay, modo de pescar, digámoslo así, entre el diluvio de estos días, semejante pez á bragas enjutas; pero yo, ver el agujero y trepar á él, todo fué uno; y por no verme rodar entre barro y piedras, mandaron traer los que dirigen las obras del puerto una escalera, me dieron un pañuelo para tapar las greñas, y en mangas de camisa, arrastrándome sobre los codos á la manera de los garduños, penetré en el antro tenebroso, sin acordarme siquiera de que pudiera haber otras sabandijas.

Hállase la construcción al nivel, próximamente, del suelo de los fosos del castillo; sobre el terreno natural se levantan siete galerías en cuadro, formadas por ocho filas de postecillos, compuestos, en la fila exterior, de ocho ladrillos cuadrilongos, una base y un capitel algo mayores y levemente cónicos; de cuatro redondeados y más gruesos, con igual base y capitel en las filas siguientes hasta las tres del centro, donde se aparecen los postecillos y vuelven á ser cuadrilongos, al parecer para sostener mayor peso. En lo que se puede ver, cada cuatro postecillos sostiene las cuatro esquinas de una baldosa de dos pies en cuadro y tres pulgadas de grueso, juntándose unas con otras de modo que forman un techo plano y perfectamente unido. Por consecuencia, el ancho de cada galería es de 0, 40 m. próximamente y 0, 45 el alto; de cuyas dimensiones se deja conocer la dificultad de entrar, y mucho más la de revolverse en aquel laberinto.

Sin embargo, iba yo lleno de entusiasmo rebozándome como una croqueta, y creyendo hallar alguna otra prueba de mi constante convicción de haber penetrado en este país las artes y costumbres griegas, antes que las romanas; porque los griegos no usaron el arco, y no le hallaba. Pero tampoco hallaba marca ni letra alguna, de las que tanto usaron unos y otros en semejantes construcciones. Remontábase ya mi imaginación hasta los fenicios ó los trogloditas cuando atisé en el centro de las galerías, donde, como ya dije, se duplican y acercan los postecillos, en el intervalo de ellos, tres arcos adobelados y paralelos de E. á O., hechos de ladrillos de igual grueso próximamente que las baldosas del techo, y destinados, á mi parecer... ¿lo diré? á sostén de la chimenea y atizador de un horno de alfarería, que tanto puede ser de este siglo, como de cualquiera de los anteriores y no muy lejanos.

Bajé, pues, con las orejas gachas; me refugié junto á la chimenea de un amigo, á secarme la ropa y contarle mi aventura; pero no haya miedo que él ni yo escarmentemos de andar á caza de antigüallas.

Santander 22 de Enero de 1886.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS,
Cronista de la provincia.

GÉNERO EPISTOLAR.

No es del género epistolar retórico del que voy á hablar, sino de ese otro al alcance de todo el mundo... excepción hecha de los que no saben escribir.

Desde una carta de Lope de Vega á una mujer, carta de la que me he permitido enamorarme leyendo los «*Ultimos amores*» de aquel poeta, hasta la que el otro día me dió para su traducción y análisis mi cocinera, ¡qué variedad de estilos admite el género! ¡qué cosas tan inverosímiles caben en él!

He observado, y también ustedes probablemente, que nadie pule tanto el lenguaje de las cartas como los que no saben hablar.

De lo cual resulta que, después del pulimento, la obra queda mucho peor que en bruto.

Esos primores de las cartas que reciben de sus familias las criadas, tienen una explicación cuando estas no saben leer. El autor de la carta (ó autores, que á veces ya se comprende que aquello no puede ser fruto de uno solo), cuenta desde luego con que ha de ir aquella á manos, ó á ojos, mejor dicho, de la señorita á quien la muchacha sirve, y no omite detalle ni pespunte que pueda contribuir á los aumentos de su fama como escritor privado.

¡Qué elogios, luego, á los señores, á quienes ningún párrafo se olvida de saludar con la más fina voluntad y los sentimientos más interiores!

Por supuesto, que la señorita se ríe, pero esto no quiere decir siempre que ella sepa poner, así, de pronto, una carta con toda aquella discreción y claridad que de su educación y de los duros gastados en ella debían esperarse.

Y es que entre la mayor parte de las mujeres hay una idea equivocadísima de lo que debe ser una carta.

Cuando no se puede decir á uno una cosa porque no está delante, se escribe en un papel y se le manda. Hé aquí la única regla que ha de tenerse presente al redactar una carta.

«¿A qué esa especie de culto ridículo que se rinde por muchos á unas fórmulas prefijadas y en las que se ha de encerrar por fuerza lo más difícil de encierro, el pensamiento, y el pensamiento en ese estado de abandono y vaguedad que una correspondencia familiar supone?»

Más de una señorita conozco yo que resultando verdaderamente encantadora en su conversación, pródiga de ingenio y de gracia, y dueña de un excelente criterio, aparece amanerada y ridícula, y hasta cursi, en la carta más sencilla y de más fácil ejecución.

«¿Es que se descuida esta parte de la instrucción en los colegios de muchachas? Yo creo que sí.»

Y yo creo que hacen muy mal.

A nadie le es de más necesidad que á las mujeres poseer ese estilo fácil, esa especie de retórica inconsciente que debe lucir en una carta.

A nadie le es tampoco más fácil aprenderlo, ni hacerlo suyo, dado que su ingenio es el más á propósito para vestir esas formas ligeras y variadas que tan interesante hacen á lo mejor un papelucho encontrado en la calle.

Para una persona de buen gusto, el más sincero cariño, el afecto más verdadero y más personal, enviados por el correo, pierden la mitad de su valor, dichos y encerrados en esos moldes que muy pocas gentes se atreven á romper.

«¿Porqué quién coge la pluma, exclusivamente para decir una cosa, no ha de decir la hasta el segundo párrafo, respetando el primero, como cosa sagrada, para llenarle de insulseces?»

«¿Porqué ha de poner al fin de la carta otro pegote con la obligada despedida, cuando convenga al mejor efecto de lo expresado en la carta terminarla en seco?»

«¿Porqué es en las cartas femeninas donde con más frecuencia sucede esto; debiendo ser ellas modelos del género.»

La mujer, que tiene indudablemente una fantasía más rica, más á mano, sobre todo, que el hombre, suele lucirla menos que este en sociedad. Y es que están como *corchillos* delante de los hombres; es que apenas se atreven á vestir y expresar sus ideas temerosas de que no las encontremos nosotros bien dichas, de que nos parezcan tonterías. Y todo porque nos ven pasar por el mundo cargados de libracos.

No saben muchas de ellas que no hay libro como su instinto de mujer... Es decir, algunas sí lo saben, y bien cara que se hacen pagar la edición.

Pues lo que les pasa hablando, les acontece también cuando escriben. Por eso es que los hombres, que otra cosa no tendríamos, pero que, á Diós gracias, no nos falta orgullo, escribimos generalmente las cartas mejor que las mujeres.

Nada digo de la ortografía femenina, que á tantos chistes y epigramas ha dado ocasión, y que tan infrecuente es, hablando de veras.

Pero sí, ¿por qué no he de decir algo? ¿Por qué no he de aconsejar á las que no sepan ortografía que la aprendan?

No son más que dos noches de lectura en el Epítome de la Academia Española, y en cambio, son muchos los días en que han de alegrarse de haber seguido el consejo del más humilde de sus admiradores.

Y también pueden tomar algo del consejo para sí (ó, mejor, para sus discípulas, pues á ellas supongo que no les haga falta) las maestras de instrucción primaria. Entiendan una vez que tan importante es escribir bien como bordar lo mismo; que una de las cosas buenas del progreso de estos tiempos es la justicia que hoy se hace á las dotes intelectuales de la mujer, absolutamente en nada inferior al hombre, como no sea en la fuerza física y en la energía moral, consecuencia de aquella; y que es preciso, por lo tanto, que la mujer se haga digna de la consideración que hoy se la tributa, cultivando aquellas dotes y no volviendo á escribir *querido* con el humilde de sus admiradores.

Fuera todos esos modelos de cartas coleccionados en la *Guía del Artesano*, y en otros volúmenes por el estilo.

Porque resulta luego que cuando está uno muy ancho creyendo que los niños saben redactar una carta, salen á lo mejor, como ha sucedido á unos amigos míos, con lo de *querido* se pone el nombre de la persona...

M. (1)

(1) Esta M quiere hoy decir *Maestro* Crueles.